

Desde los laberintos más complejos del gnosticismo hasta los lineamientos más precisos de la política cultural, la sensibilidad y la inteligencia de Jaime García Terrés dibujaron un mapa no sólo de esa parte sustantiva de nuestra vida universitaria que es la difusión de la cultura sino también de varias décadas del arte mexicano. Este número de nuestra *Revista de la Universidad de México* se abre con una colección de poemas inéditos suyos. Elena Poniatowska, quien conociera muy de cerca a García Terrés y ella misma protagonista de una aventura sin paralelo en nuestra cultura contemporánea, recuerda muchos rostros al recordarlo: “Creía en los demás y les daba la misma libertad que pedía para sí mismo”. Guillermo Sheridan dialoga con la poesía de Jaime García Terrés en una muy inteligente fabulación de cuanto no le dijo el poeta durante la breve entrevista en que pudo habérselo dicho, porque lo trató “si acaso, unos quince minutos, los quince minutos más gratos que he vivido como escritor”. Hugo Gutiérrez Vega se recuerda como sucesor y discípulo de García Terrés en tres cargos fundamentales: “la dirección de Difusión Cultural de la Universidad Nacional Autónoma de México, la dirección de la *Revista de la Universidad* y la Embajada de México en Grecia. Cuando ocupé esos puestos estudié la forma en que Jaime los había manejado y traté de seguir su ejemplo y su magisterio”.

En su búsqueda del *ethos* barroco en nuestra América, Bolívar Echeverría compara al Ingenioso Hidalgo manchego con los indígenas de estas tierras y para hacerlo escoge un espacio teatral, puesto que Alonso Quijano busca “teatralizar el mundo de la realidad que le rodea” porque sólo así, “desrealizada y trascendida, puesta en escena como una realidad diferente, le resulta rescatable y vivible”. Y, tras su enormemente sugestiva comparación, Bolívar Echeverría concluye: “como la de Don Quijote en su locura, la puesta en escena de esos indios fue y sigue siendo, de acuerdo a la definición que Adorno sugiere de lo barroco, una puesta en escena absoluta”.

Por su parte, Guadalupe Loaeza sigue los rasgos enigmáticos de la *Mona Lisa* para reconstruir el mundo interior de Leonardo. Y, en el aparente extremo, Antonio Navalón sigue los rasgos de ese enigma que es Tijuana para plantear la existencia de una “tercera nación”.

Parte fundamental de este número es el recientemente desaparecido doctor Ramón de la Fuente no sólo como científico sino como pensador y humanista apasionado. Lo recordamos y lo oímos decir: “¿Es importante abordar el conocimiento de la mente en términos neurales? Yo diría que no sólo es necesario, sino *esencial*, no sólo para comprender al hombre y guiarlo hacia un futuro mejor, sino para asegurar su supervivencia. De hecho uno de los grandes retos de la ciencia es desentrañar la naturaleza de ese componente destructivo que la humanidad lleva sobre sí como una enfermedad heredada e incurable”.

Aurora Ocampo recuerda al “escribano de la vida” que fue Jaime Sabines a los ochenta años de su nacimiento, mientras que José Gordon entrevista a uno de los más importantes pintores contemporáneos de nuestra patria, Francisco Toledo, a quien también se dedica el reportaje pictórico de esta entrega de mayo en la cual Julio Ortega analiza a Alejandro Rossi y Adolfo Castañón el luminoso discurso de Jacobo Zabludovsky al recibir la Medalla al Mérito Fundación UNAM 2005.

Un número excepcionalmente rico que cuenta con la voz de Emmanuel Carballo y los textos de José Woldenberg, José María Espinasa, Silvina Espinosa de los Monteros, Mauricio Montiel Figueiras y Guadalupe Alonso, así como con las columnas de Hugo Hiriart, Sealtiel Alatríste y Mauricio Molina.

*Ignacio Solares*